



Quinica

Francisco Antonio
Paniagua Morales

Siempre se habla de Quinica en términos vagos y como si se hubiera malogrado. Murió muy joven, dicen, yo casi no lo recuerdo, pero fue buen arriero. Y eso lo dicen, de ciento, los ciento.

Acompaña a su recuerdo, ese dejo que flotaba antes cuando el motivo de la muerte había sido "del pecho". Y en la propia casa duraba toda la vida la escama porque la cosa no acabara allí y continuara cercenando las vidas que quedaban, como pasó en mu-

chas familias, por desgracia, y en esta misma, el lustre y la robustez no impidió la contaminación fímica, incluso en edad avanzada.

Hay en la herencia biológica de ésta, una mezcla notable de gordos y flacos. Su hermano Francisco, Oliva, transmitió la gordura y Quinica la segura, pero no total, porque éste llevaba también factores de engrase. factores de retardo en las combustiones orgánicas, falta de fuelle en el hogar interno, que lucieron en sus descendientes a pesar de ser él escuálido como se vé en el retrato y no muy alto, pero con el espabilo que da el trato placero a los que de suyo no son ya unos negados.

Sus ojos y su mirada son de hipertiroideo y acaso esa fuera la causa de su segura, contraria a la constitución familiar, o sea que la falta de fuelle se convirtió en él, por esa causa, en exceso de aire en la fragua y quema o consunción total de lo que entraba, dejando pocos tarugos en los rincones, que a eso equivale la grasa.

La Plaza es como un congreso. La esgrima de la palabra, las agudezas y las observaciones, demuestran lo que se es, lo que se lleva dentro y poco a poco, sin definirlo nadie, se va estableciendo una clasificación, un orden entre los concurrentes, que se traduce en valoración y estimación personal, según para qué y cómo, que hace que se escuche y se acate o no, el juicio emitido y que surgido el motivo, se piense *in-menti*, echándolo de menos o buscando a aquel para el que tal motivo determinado y concreto, vendría que ni pintado.

Quinica mereció ese acatamiento de sus compañeros y no hay duda que la franqueza, el juicio claro y la llaneza, que reverdecieron, sobre todos, en su hijo Paco, fueron, con el compromiso de la palabra empeñada, superior al de las escrituras, los pasgos que le dieron personalidad.

Tiene la barba clara, rala, un pelo una legua del otro, reminiscencia constitucional. Parece que lleva bigote pero no es eso, es que está sin afeitar muchos días, prueba del poco cuidado que dedicaba a su persona, porque se retrató en Madrid y en la calle del Príncipe, que no fué casual, pero estaría tan embebido por el queso que ni siquiera se afeitó.

Como los demás trajinantes compraba y vendía garbanzos, habichuelas, aceite y gorrinos, pero su inclinación principal fué el queso, sin despreciar las adquisiciones de oportunidad, como la del Chimeneón y la no menos notable de Villacentenos, que realizó el año del cólera, tomándolo de Eusebio Mendieta de Miguel. Allí pasó buenos ratos, como sus hijos luego, porque le gustaba la caza y mucho el puesto de perdiz.

Con los demás arrieros de aquí y de la comarca, llevaba la voz cantante y lo dejaban con gusto de hacer los tratos, ateniéndose a los precios fijados por él.

Estando en el pueblo se hacía el panete en su casa, con Tocinillo (Victoriano Morales), Cagalera (Joaquín Escobar), Angora, el padre de Justo, el Gitani'llo, Cocina, Baldomero Fuentes y Facorro. Y también los caldereros Carrazones, que solían acudir como cazadores, amigos del zurrilla y de darles vueltas a las cosas para que no se *sienten*.

Su desprendimiento arrieril, de conquista del cliente, con el

cos, hijo de la hermana Rumalda, la del Cotorro, que tuvo seis hermanas admirables, la Dámasa del Mueso, la Eusebia de Lázaro Lagos, la de Corredera, etc.

Todavía no se sabe quienes eran aquellos de Madrid a quienes les compró Quinica El Chimeneón y tan poco humo debieron hacer por aquí, que la gente le decía el Chimeneón de Cayuela, porque Pepe estaba allí de guarda. En realidad no estaba allí porque, como había poco que guardar, estaba más en la taberna del Siro, donde se bebía todas las *cortinas* por cuatro perras, pues le gustaba apurar. Esto de llamar "cortinas" a los residuos que dejan los bebedores en los vasos es una expresión de colmado, por eso se usaba con propiedad en el Paseo que era como un reservado grande de café cantante. Las *cortinas* las echaban en un jarro y nunca faltaba el sediento que se las tomaría sin pestañear y chascando la lengua al acabar.

El corral del Chimeneón llegaba hasta las Bilbainas, pues las casas de la Benigna se edificaron en una parte de él. Puede decirse que el solar de las Bilbainas de Prast le decían y era entonces estaba abrazando el del Chimeneón.

bolsillo abierto, se percibía en todo.

Una vez se fué de caza con Baldomero y al llegar a Villacentenos, sacó Fuentes cinco paquetes de tabaco y se los dió a guardar al casero, Gabriel Monreal. Otro Gabriel, (Patás de Perro), que estaba allí, dijo al ver tanto tabaco:

—¡Leche, qué rico tiene que ser este tío!

Y lo era, más de espíritu que de bolsillo.